Alaiz escribe y Ramón dibuja

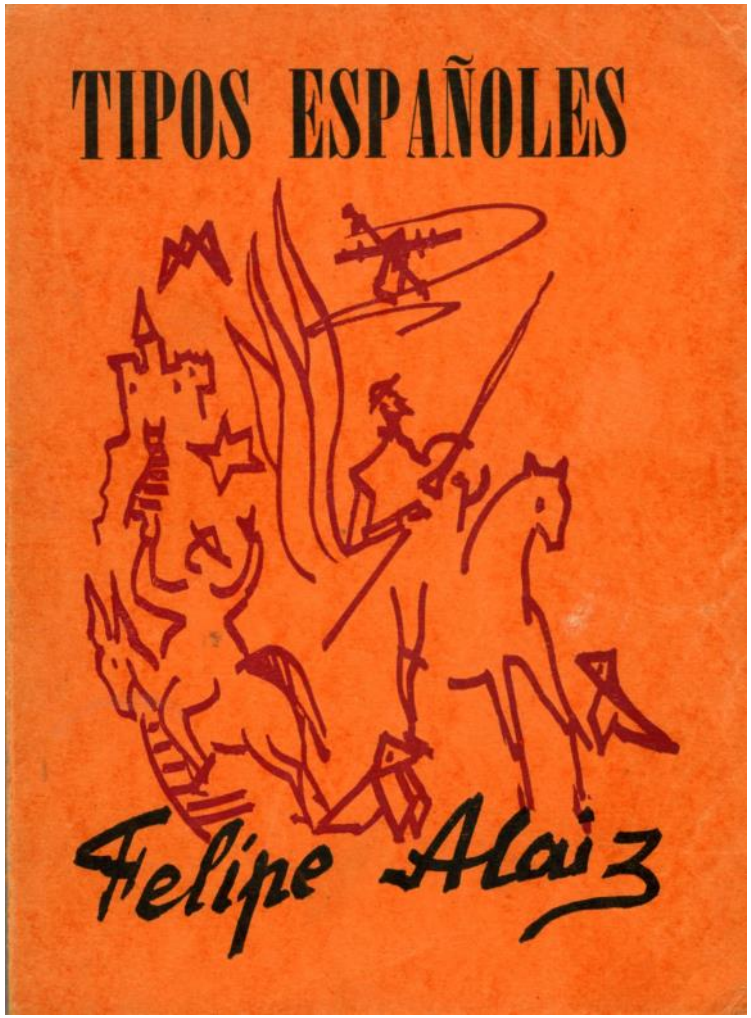
Cuenta Javier Cercas en el prólogo de una reedición -Ed. Berenice, 2012- del muy recomendable *Arte de escribir sin arte,* ensayo sobre la escritura que escribió en 1946 en el exilio francés Felipe Alaiz, lo siguiente:

... Hace unas semanas, en una librería de viejo, di con un opúsculo publicado en Toulouse, en 1946, por el Frente Ibérico de Juventudes Libertarias; se titulaba Arte de escribir sin arte *y lo firmaba Felipe Alaiz. El nombre me sonaba vagamente, el título era irresistible, el librito era precioso; lo compré, lo leí, me encantó.*

Desde entonces he averiguado algunas cosas sobre Felipe Alaiz. Perdido en la oscuridad sin remedio de la historia del anarquismo, su nombre es el de uno de los escritores más relevantes del movimiento libertario; también el de un periodista que, en las dos décadas radiantes que precedieron al estallido de la guerra civil, gozó del favor de numerosos lectores...

Publicaremos en otras entregas fragmentos del ensayo del que hablamos al comienzo. La obra de Alaiz fue tan profusa como dispersa. Hoy os ofrecemos una pequeña y divertida pieza del autor que forma parte de una serie en la que hay gloriosas muestras de su concepto de la escritura y que publicó principalmente en la *Revista Blanca* con el título de *Tipos españoles* y póstumamente se reunió en 2 volúmenes (Umbral, París, 1962 y 1965). También son muestra de su acerada pluma.

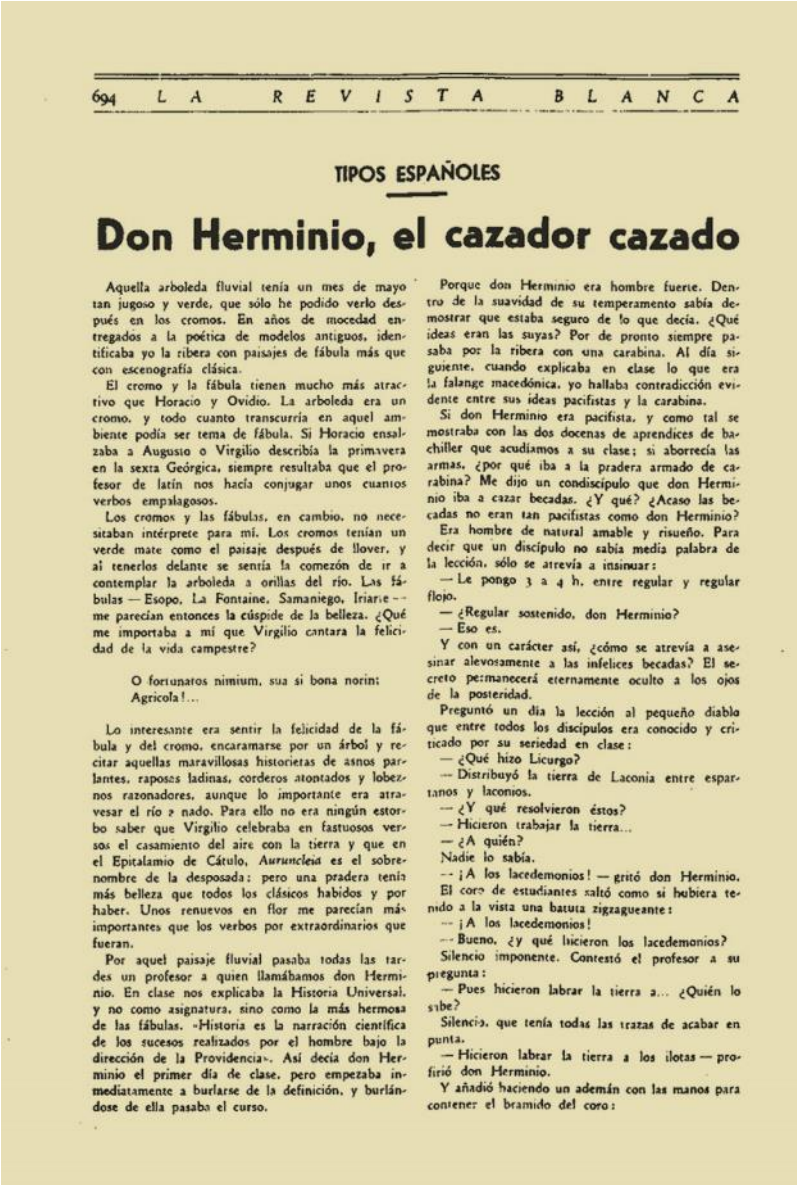
El relato *Don Herminio, el cazador cazado* lo hemos unido con una viñeta (y sus variantes) de Ramón Acín, que toca el mismo tema: la crítica de la caza y del maltrato animal que fue insignia del movimiento libertario más utópico y pacifista y que muchas veces se tradujo en el vegetarianismo como ocurría en el hogar de Acín y Conchita Monrás.



Don Herminio, el cazador cazado

Felipe Alaiz de Pablo

Revista Blanca. Barcelona 14 septiembre 1934, año XII - 295



TIPOS ESPAÑOLES

Don Herminio, el cazador cazado

Aquella arboleda fluvial tenía un mes de mayo tan jugoso y verde, que sólo he podido verlo después en los cromos. En años de mocedad entregados a la poética de modelos antiguos, identificaba yo la ribera con paisajes de fábula más que con escenografía clásica.

El cromo y la fábula tienen mucho más atractivo que Horacio y Ovidio. La arboleda era un cromo, y todo cuanto transcurría en aquel ambiente podía ser tema de fábula. Si Horacio ensalzaba a Augusto o Virgilio describía la primavera en la sexta Geórgica, siempre resultaba que el profesor de latín nos hacía conjugar unos cuantos verbos empalagosos.

Los cromos y las fábulas, en cambio, no necesitaban intérprete para mí. Los cromos tenían un verde mate como el paisaje después de llover, y al tenerlos delante se sentía la comezón de ir a contemplar la arboleda a orillas del río. Las fábulas — Esopo, La Fontaine, Samaniego, Iriarte — me parecían entonces la cúspide de la belleza. ¿Qué me importaba a mí que Virgilio cantara la felicidad de la vida campestre?

O fortunatos nimium, sua si bona norin:
Agricola!...

Lo interesante era sentir la felicidad de la fábula y del cromo, encaramarse por un árbol y recitar aquellas maravillosas historietas de asnos parlantes, raposas ladinas, corderos atontados y lobeznos razonadores, aunque lo importante era atravesar el río a nado. Para ello no era ningún estorbo saber que Virgilio celebraba en fastuosos versos el casamiento del aire con la tierra y que en el Epitalamio de Cátulo, *Auruncleia* es el sobrenombre de la desposada: pero una pradera tenía más belleza que todos los clásicos habidos y por haber. Unos renuevos en flor me parecían más importantes que los verbos por extraordinarios que fueran.

Por aquel paisaje fluvial pasaba todas las tardes un profesor a quien llamábamos don Herminio. En clase nos explicaba la Historia Universal, y no como asignatura, sino como la más hermosa de las fábulas. «Historia es la narración científica de los sucesos realizados por el hombre bajo la dirección de la Providencia». Así decía don Herminio el primer día de clase, pero empezaba inmediatamente a burlarse de la definición, y burlándose de ella pasaba el curso.

Porque don Herminio era hombre fuerte. Dentro de la suavidad de su temperamento sabía demostrar que estaba seguro de lo que decía. ¿Qué ideas eran las suyas? Por de pronto siempre pasaba por la ribera con una carabina. Al día siguiente, cuando explicaba en clase lo que era la falange macedónica, yo hallaba contradicción evidente entre sus ideas pacifistas y la carabina.

Si don Herminio era pacifista, y como tal se mostraba con las dos docenas de aprendices de bachiller que acudíamos a su clase; si aborrecía las armas, ¿por qué iba a la pradera armado de carabina? Me dijo un condiscípulo que don Herminio iba a cazar becadas. ¿Y qué? ¿Acaso las becadas no eran tan pacifistas como don Herminio?

Era hombre de natural amable y risueño. Para decir que un discípulo no sabía media palabra de la lección, sólo se atrevía a insinuar:

— Le pongo 3 a 4 h. entre regular y regular flojo.

— ¿Regular sostenido, don Herminio?

— Eso es.

Y con un carácter así, ¿cómo se atrevía a asesinar alevosamente a las infelices becadas? El secreto permanecerá eternamente oculto a los ojos de la posteridad.

Preguntó un día la lección al pequeño diablo que entre todos los discípulos era conocido y criticado por su seriedad en clase:

— ¿Qué hizo Licurgo?

— Distribuyó la tierra de Laconia entre espartanos y laconios.

— ¿Y qué resolvieron éstos?

— Hicieron trabajar la tierra...

— ¿A quién?

Nadie lo sabía.

— ¡A los lacedemonios! — gritó don Herminio.

El coro de estudiantes saltó como si hubiera tenido a la vista una batuta zigzagueante:

— ¡A los lacedemonios!

— Bueno, ¿y qué hicieron los lacedemonios?

Silencio imponente. Contestó el profesor a su pregunta:

— Pues hicieron labrar la tierra a... ¿Quién lo sabe?

Silencio, que tenía todas las trazas de acabar en punta.

— Hicieron labrar la tierra a los ilotas — profirió don Herminio.

Y añadió haciendo un ademán con las manos para contener el bramido del coro:

Aquella arboleda fluvial tenía un mes de mayo tan jugoso y verde, que sólo he podido verlo después en los cromos. En años de mocedad entregados a la poética de modelos antiguos, identificaba yo la ribera con paisajes de fábula más que con escenografía clásica.

El cromo y la fábula tienen mucho más atractivo que Horacio y Ovidio. La arboleda era un cromo, y todo cuanto transcurría en aquel ambiente podía ser tema de fábula. Si Horacio ensalzaba a Augusto o Virgilio describía la primavera en la sexta Geórgica, siempre resultaba que el profesor de latín nos hacía conjugar unos cuantos verbos empalagosos.

Los cromos y las fábulas, en cambio, no necesitaban intérprete para mí. Los cromos tenían un verde mate como el paisaje después de llover, y al tenerlos delante se sentía la comezón de ir a contemplar la arboleda a orillas del río. Las fábulas — Esopo, La Fontaine, Samaniego, Iriarte- — me parecían entonces la cúspide de la belleza, ¿Qué me importaba a mí que Virgilio cantara la felicidad de la vida campestre?

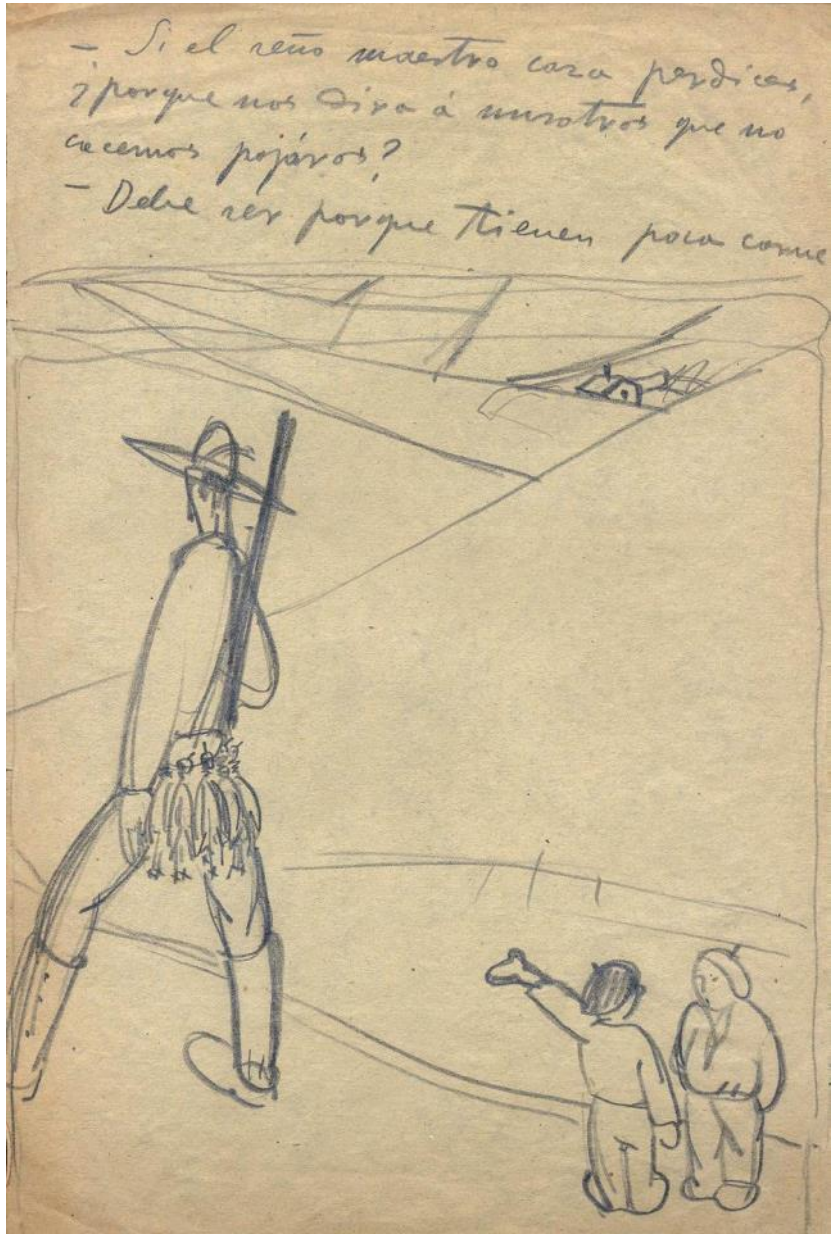
O fortunatos nimium, sua si bona norin: Agricola[1] !..

Lo interesante era sentir la felicidad de la fábula y del cromo, encaramarse por un árbol y recitar aquellas maravillosas historietas de asnos parlantes, raposas ladinas, corderos atontados y lobeznos razonadores, aunque lo importante era atravesar el río a nado. Para ello no era ningún estorbo saber que Virgilio celebraba en fastuosos versos el casamiento del aire con la tierra y que en el Epitalamio de Cátulo, Auruncleia es el sobrenombre de la desposada: pero una pradera tenía más belleza que todos los clásicos habidos y por haber. Unos renuevos en flor me parecían más importantes que los verbos por extraordinarios que fueran.

Por aquel paisaje fluvial pasaba todas las tardes un profesor a quien llamábamos don Herminio. En clase nos explicaba la Historia Universal. y no como asignatura, sino como la más hermosa de las fábulas. "Historia es La narración científica de los sucesos realizados por el hombre bajo la dirección de la Providencia". Así decía don Herminio el primer día de clase, pero empezaba inmediatamente a burlarse de la definición, y burlándose de ella pasaba el curso.

Porque don Herminio era hombre fuerte. Dentro de la suavidad de su temperamento sabía demostrar que estaba seguro de lo que decía. ¿Qué ideas eran las suyas? Por de pronto siempre pasaba por la ribera con una carabina. Al día siguiente, cuando explicaba en clase lo que era la falange macedónica, yo hallaba contradicción evidente entre sus ideas pacifistas y la carabina.

[1] «qué afortunados los campesinos si conocieran su suerte».



Haz lo que diga. El maestro y las perdices (Id: op0404 en la web de la Fundación)

Dibujo realizado a lápiz por Acín en 1921-1922. Es el previo de la viñeta que publicará en 1923 que veremos después. Este dibujo es reverso de uno anterior, de 1919, ya que se trata de un boceto para la serie *La ciencia boche es invencible,* realizada por Acín en ese año pero que no fue publicada.

Si don Herminio era pacifista, y como tal se mostraba con las dos docenas de aprendices de bachiller que acudíamos a su clase; si aborrecía las armas, ¿por qué iba a la pradera armado de carabina? Me dijo un condiscípulo que don Herminio iba a cazar becadas. ¿Y qué? ¿Acaso las becadas no eran tan pacifistas como don Herminio? Era hombre de natural amable y risueño. Para decir que un discípulo no sabía media palabra de la lección, sólo se atrevía a insinuar:

— Le pongo 3 a 4 h, entre regular y regular flojo.

— ¿Regular sostenido, don Herminio?

— Eso es.

Y con un carácter así, ¿cómo se atrevía a asesinar alevosamente a las infelices becadas? El secreto permanecerá eternamente oculto a los ojos de la posteridad.

Preguntó un día la lección al pequeño diablo que entre todos los discípulos era conocido y criticado por su seriedad en clase:

— ¿Qué hizo Licurgo?

— Distribuyó la tierra de Laconia entre espartanos y laconios.

— ¿Y qué resolvieron éstos?

— Hicieron trabajar la tierra...

— ¿A quién?

Nadie lo sabía.

— ¡ A los lacedemonios! — gritó don Herminio. El coro de estudiantes saltó como si hubiera tenido a la vista una batuta zigzagueante:

— ¡ A los lacedemonios!

— Bueno, ¿y qué hicieron los lacedemonios?

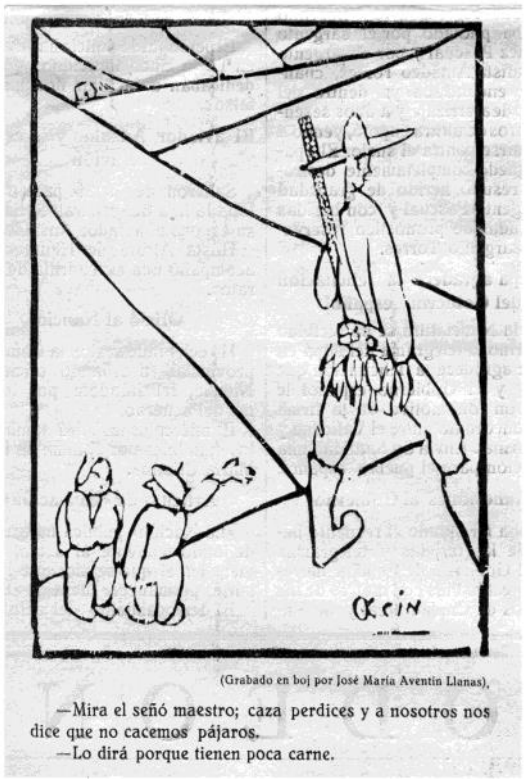
Silencio imponente. Contestó el profesor a su pregunta :

— Pues hicieron labrar la tierra a... ¿Quién lo sabe? Silencio, que tenía todas las trazas de acabar en punta.

— Hicieron labrar la tierra a los ilotas — profirió don Herminio.

Y añadió haciendo un ademán con las manos para contener el bramido del coro:

— Ya ven ustedes: Licurgo dio la tierra a espartanos y laconios, que la cedieron para el trabajo a los lacedemonios, y éstos, a su vez, a los ilotas... Eso es lo que ocurre con la Historia: ustedes se encuentran con tierra fértil, como los espartanos; la tierra fértil de ustedes, o sea la Historia, la ceden a sus padres, que son los lacedemonios, y éstos me la ceden a mí porque soy un ilota, ¡Largo de aquí!



A la izquierda, la viñeta de Acín dibujada en tinta negra, publicada por *Heraldo de Aragón* el 4 de abril de 1923. Pertenece a la serie que publicaba en el periódico zaragozano desde el año anterior.

El texto dice:

-Mira el señó maestro; caza perdices y a nosotros nos dice que no cacemos pájaros.

-Debe ser porque tienen poca carne.

A lápiz puede verse corregido el texto del diálogo y el pie "caricatura de Acín" añadiendo "grabado a boj por José María Aventín", lo cual sugiere que esas correcciones eran para la reedición de 1929 que aparece a la derecha y que publicó el diario oscense *La Tierra* el 17 de febrero de 1929 dentro de una entrevista que realizaron a Acín y en la que aparece también un autorretrato suyo también pasado a plancha de boj por Aventín.

La publicación de esa viñeta es una excepxión ya que Acín había dejado de hacer viñetas seis años antes cuando, según sus palabras, pasó a ser *exhumorista.*

En la página siguiente os ofrecemos un fragmento de la entrevista.

Así terminaba la clase por aquel día.

El profesor tenía verdaderas familiaridades cuando explicaba la lección de Nerón:

— Claudio condena a muerte a Mesalina y se casa con Agripina, madre de Nerón. Claudio muere envenenado por Agripina. Ésta es condenada a muerte por su hijo, quien hace matar también a Séneca, a su hermano Británicus y a su consorte Octavia. Era un monstruo de lascivia.

— ¿Qué es lascivia, don Herminio?

— Lascivia no es lo mismo que sicalipsis, y la pregunta que hacen es totalmente sicalíptica, porque supone el absurdo de convertir esta clase en una clínica. En una clínica tal vez pudieran ustedes enseñarme a mí.

El silencio que siguió fue completo y temeroso.

— Iba a decirles que aquellos envenenamientos y asesinatos no se dieron nunca con tanta virulencia como en Roma, porque el pueblo romano se parecía a sus emperadores. Siempre quería sangre. Guerreaba y pedía por oficio. Por eso no hubo dramaturgos en Roma... Séneca era cordobés... ¿Cómo iba a haber dramaturgos, si la vida romana era un drama permanente?

Aquel día terminó la clase con una especie de armisticio.

— Usted es pacifista — dijo al profesor un medio diablo vasco al salir de clase.

— Bueno, ¿y qué?

— Con todos los respetos, don Herminio, no creemos muy compatible ese pacifismo con la caza de becadas.

— ¿Por qué?

— Las becadas no son sanguinarias como Claudio ni como Nerón; no son monstruos de lascivia; no matan ni gozan con la sangre... Y usted las caza a traición, don Herminio.

El profesor nos despidió violentamente, pero lo cierto es que no volvió a cazar becadas.

LA TIERRA

HUESCA, Domingo 17 de Febrero de 1929

...ñana. — Organo de la Asociación de Labradores y Ganaderos del Alto Aragón

NUESTROS REPORTAJES

RAMON ACIN, EL ARTISTA QUE ES TODO CORAZON

(Fragmento final de la entrevista que podéis ver entera **AQUÍ**)

.....

Recuerdo para los que fueron

En lugar preferente, como corresponde a todo aquello que se quiere con fervor, se muestran dos producciones de Acín en las cuales ha puesto el artista todos sus afanes: un relieve de la cabeza de López Allué, el popular "Juan del Triso" que llevó a sus libros el alma del Alto Aragón; otro relieve de don Manuel Bescós, Silvio Kossti, cerebro macho y espíritu recio y observador; magnífica producción que con su realismo llena el vacío que trajo al estudio la muerte del buen amigo.

Todavía hemos de destacar otra obra: un lienzo grande, hermosa estampa festera, de alegre colorido y luminosidad extremada, y que es, en la mezcolanza del estudio una nota vigorosa que proclama el tesón que el artista puso en su ejecutoria...

A punto de acabar tiene cuatro pergaminos (uno de ellos para don Enrique de las Cuevas) encargo de los Ayuntamientos de Alcubierre, Lanaja y Robres. Son unos bellos pergaminos que rompen la tradición de los consabidos adornitos y la inicial.

Encerrada en una jaula vemos una pajarita de papel. Ante nuestra sonrisa contemplándola dice Acín que libertó al auténtico pájaro de carne y plumas para solemnizar el reciente centenario de San Francisco de Asís. Llamar hermano al pájaro y ser su carcelero no lo encontraba bien.

El humorismo de Acín

Antes de terminar estas notas será preciso que hagamos resaltar otra faceta de Ramón Acín: su humorismo.

Infinidad de dibujos, saturados de una ironía fina pero cortante, han salido de la pluma del artista.

Y este humorismo se ha extendido a su prosa que formó artículos substanciosos cubiertos con un ropaje irónico que les dio un sello personal e inconfundible.

Comentamos un poco sobre sus aficiones literarias y Acín, humorista una vez más, nos dice:

—También yo, como los dependientes de ultramarinos, tengo hechos mis dramas; pero el buen gusto no está en hacerlos, sino en saberlos guardar...

El tiempo no corre, sino que vuela
Hemos pasado más de dos horas en este estudio tan acogedor que encierra curiosidades tan abundantes y facetas tan diversas.

Van llegando los alumnos que asisten a recibir educación artística bajo la dirección de Acín. El marco en que hemos de encerrar este reportaje nos impide, como es nuestro deseo, ocuparnos de la labor que en esta Academia lleva a cabo.

Nos llevamos el blok — compañero fiel del periodista — pletórico de notas.

Ellas son materiales abundantes para urdir cuartillas y más cuartillas; torpemente, pero con un deseo que no puede ser mejor, hilvanamos esta información. Lo que no hemos conseguido, a pesar de nuestros esfuerzos, que fueron muchos, es llevar a las cuartillas las palabras precisas para decir toda la grandeza de corazón de este artista oscense, Quijote del Arte y más allá del arte, entre cuyas zarzas dejó prendidos jirones de su alma grande...